

PÉNDULO Y OTROS PAPELES
(1957)



Una brillante carrera literaria

Los pocos textos que he dado a conocer, que escribí porque tenía que escribirlos, no sé quién me los dictó. Solo sé que, cuando los escribía, era como un pájaro sobre las aguas, volaba sobre el papel como una mariposa. Me hubiese sido imposible reconstituirlos si hubiese extraviado la primera versión. Ello indica que lo que escribo una vez de un tirón jamás lo retoco. Me entra por eso verdadero pánico al tener que escribir de nuevo. ¿Y si no me dictaran?, me pregunto.

Hubiese querido escribir más, sobre todo comenzar muchas novelas y no acabarlas. Me hubiera gustado estampar los aforismos más estrafalarios detrás de muchas novelas iniciadas pero nunca acabadas. Sé positivamente que no soy capaz de escribir libros largos y menos folletones. Escribir un folletón debe ser una cosa horrorosa, horriblemente difícil, y de seguro que, si lo intentara, iban a reírse todos de mí. Porque, cuando mis escritos son extensos, provocan la hilaridad y, cuando son breves, indignan a quienes quieren escritos más bien prolijos. Sepan todos que, desde niño, me persigue la sombra de un dómine ceñudo que me dice «poda, poda», apenas dilato un escrito más de la cuenta.

Decidí no escribir novelas desde que escribí una con un título muy torpe y tuve la debilidad de confesárselo a mi peluquero. Ahora, cada vez que voy a cortarme el pelo, me pregunta: «¿No ha terminado *Feria de sangre?*». Yo, que soy incapaz de dar entrada a una muerte en una narración, me siento muy ofendido. Pero él sigue pelándome el cogote y me repite: «¿No va a acabarla?».

Ante mi peluquero soy un fracasado y también lo soy, por más que me colme de alabanzas, ante un anticuario que espera de mí una novela tan extensa como importante. Aunque sea un novelón con el título de *Adelón*, me dice, pero que el texto sea copioso. Le comprendo. Han acabado por importunarle mis grageas literarias.

Además de estos exigentes con mi estéril pluma, tengo a un eterno pasante de abogado, que quiere que escriba libros sobre

liturgia. Es muy dado a la liturgia y a las abluciones sagradas y quiere un libro firmado por mí sobre la liturgia del cirio pascual. Pobre de mí, persona menos versada en ritos (de todo género) no creo haya otra. Por ser poco ritualista, ni siquiera los ritos familiares practico.

—Dime que sí, tú puedes escribir sobre el cirio pascual un libro impregnado de nostalgia, porque yo te he visto en más de una ocasión en las preces de la catedral. No me digas que no. —Y el eterno pasante de abogado, persona untuosa, me soba con sus manos sucias, húmedas, grasientas.

Bajo la cabeza y me resigno a aguantar al monomaniaco eterno pasante de abogado. No me atrevo a decirle que la cruz, como todo símbolo, tiene sentidos múltiples. No entendería la sutileza, creería más bien que se trata de un dislate.

La historia más larga que me es dado contar es esta:

«Acababa de salir de una penosa enfermedad que me retuvo en cama por unos años. Durante un lustro apenas me tocó la luz del sol. Mis carnes no podían ser más pálidas. Acostumbradas al sol, al viento, al rigor de la escarcha, habían palidecido más que otras. El médico me había aconsejado que me fuera exponiendo a los aires marinos, sin miedo alguno. Tomaba así el fresco aquella mañana, al amparo de un toldo de una barca varada. Estaba semidormido, escuchando el vaivén adormecedor de las olas, cuando sentí un terrible golpe en el costillar de la barca. Me levanté y vi una posesa que acababa de clavar un cuchillo en el maderamen. La loca de la casa de la verja violeta me había perseguido hasta aquel día, desde aquella vez que me había amenazado cuando niño. ¡Pasaba yo por delante de la verja con un loro y la locuacidad impertinente del ave había desencajado aún más sus facultades!

»Muchos años habían pasado desde aquella vez. La creía bien muerta. Decían que había muerto. Pero de pronto había cobrado vida para clavarme aquel cuchillo».

«Los ricos no entrarán en el reino de los cielos», me decía el cestero que nunca había leído el Evangelio y en cambio se sabía el *Quijote* de memoria. «Sí, entrarán, pero les será más difícil que a un camello entrar por el ojo de una aguja», le repliqué. Aquel cestero cetrino no daba el brazo a torcer y seguía en sus trece, gritándome al oído: «Majadero, ni siquiera sabes leer, y pretendes escribir. ¿Qué es lo que escribes? Una sarta de sandeces. No valen tus cosas (escritas) ni una pepita de sandía». Con esto me llamaba sandio, mentecato, y además ricachón. Cuando él no se privaba de nada, y yo entonces no tenía ni una perra gorda.

Aquel hombre que, sin duda, no me tenía ninguna simpatía, me quiso un día mostrar un cesto «fenomenal» que acababa de terminar. «Es una obra maestra como las tuyas», me dijo. Y me llevó a su casa.

—¡Te estás aquí como si estuvieses en tu propia casa! —me gritó con voz estentórea. Y detrás de una puerta vi asomar a sus dos hijas semidesnudas que acababan de salir del mar y se estaban secando.

Las chicas luego me contarían quién era el padre, cómo se habían jugado la herencia de la madre, y cómo las trataba. Estaban deseosas de marchar a la ciudad, pero él no las dejaba marchar. Las quería a su lado. La guerra civil le había separado de ellas por cinco años y ahora no quería tenerlas lejos.

Si anudé amistad con las chicas, fue porque aquella era una historia interesante para un escritor novel pero, como siempre, corta. La brevedad de los asuntos literarios es mi sino.

La tramontana sopla fuerte en el puerto. Cuando sopla es otro mundo. El ímpetu de la devastación domina durante días. Hacía, pues, un viento huracanado cuando el cestero entró de repente en mi casa. Mis familiares no se explicarían nunca tan extraña irrupción. Además no entró solo. Con él iba un cirujano que llevaba junto a sí un mastín y se bandeaba, borracho como una cuba. El cestero me lo presentó y me dijo: «¡Como no me escribas de un tirón la historia toda de este cirujano que ahora ves borracho ante tus narices, te echo

un balazo en la sien!». Podía el cestero hablar en estos términos porque había sido sargento en la guerra civil.

—¿Me entiendes? —añadió luego.

Y ganoso de partir inmediatamente, volvió a las mismas amenazas:

—Sí, un balazo en la sien será lo que te echaré, ya que no eres capaz de inventar una historia comparable a las bodas de Camacho. Y encima de tu cuerpo tendido, te pondré un ejemplar del *Quijote* de Sopena para que aprendas, aprendiz de escribidor.

Se erguía, en el lugar en que pronunció estas palabras amenazantes, un árbol corpulento que parecía iba a ser desarraigado por el ventarrón. Y no lejos del lugar se mostraban unas callejas muy estrechas por donde parecía serpentear el viento. Pensé escaparme para dar en aquella red de escondrijos, pero el cestero, tirándome del brazo, me obligó allí mismo a escribir la historia.

—No, no te vayas. Tienes perdida la partida. Entiéndelo bien, ante todo soy un jugador. Toma las cartas y juega. Es decir, ahora mismo me dictas y yo te escribo la historia de este hombre.

Yo, a quien siempre habían dictado, tenía ahora que dictar. Era natural que temiera hacerlo. Pero no hubo más remedio y salió lo que salió. Dicté:

«Es una vieja historia que a muchos ha de parecer increíble. Este cirujano que aquí veis tatuado, borracho, vivió su juventud en los cargueros, estos barcos que amarran descaradamente en la popa de los paquebotes o de los yates de placer y que en los puertos son motivo de perpetua querella. Estos cargueros reclutan gente de la peor especie y cargan madera hasta los topes que envían a lejanas tierras. Aunque convenientemente estibados, no por ello se libran de peligros. Las travesías son largas y están erizadas de dificultades. Algunas son para el carguero una prueba de la que no sale indemne, lo que obliga a someterlo a reparaciones onerosas y lentas. Entonces, en fase de reparación, los tripulantes se vuelven pendencieros y camorristas. Navegando no andan tan a la greña por cualquier cues-

tioncilla. Pero, estando quietos en el puerto, les basta el más leve motivo para irritarse y buscar camorra. Para dar por acabada la historia, este cirujano, en una de las camorras, mató a otro marinero. Quedó estigmatizado y huyó».

—¿Dónde lo mató? —pregunta el cestero.

—En una feria del puerto —respondo.

—*Feria de sangre*, llamaría al relato —dijo el cestero.

Menos mal, me dije, que he salvado el pellejo al no echarme el balazo. Aquel horrible título que siempre me exigía el peluquero, me había ahora salvado y condenado también a ser un triste y aburrido novelador.